

VENERACIÓN DE RELIQUIAS Y CUERPOS DE CERA EN LOS DÍAS DE LOS FIELES DIFUNTOS Y TODOS SANTOS

ALICIA BAZARTE MARTÍNEZ



Alicia Bazarte Martínez es profesora e investigadora de la Sección de Estudios de Posgrado e Investigación de la Escuela Superior de Economía, del IPN.

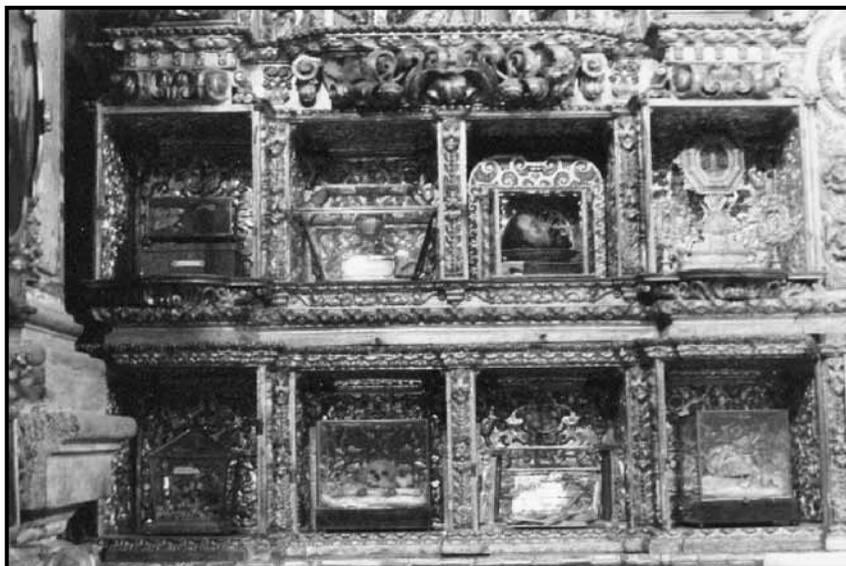
Entre las tradiciones mejor conservadas desde la llegada de los españoles a tierras mexicanas se encuentran, sin duda, las celebraciones de Fieles Difuntos y de Todos Santos, esta última también conocida durante la época virreinal como Día de la Veneración de las Reliquias. En sentido estricto *reliquias* son los restos de los cuerpos de santos y beatos; en sentido lato e impropio son objetos que fueron utilizados por ellos durante su vida (por ejemplo, vestidos) o cosas que tocaron sus cuerpos después de su muerte.

Estas ceremonias tenían lugar los días 1 y 2 de noviembre en las iglesias y campo santos de las ciudades, lugares a los que acudía un gran número de fieles a recordar a sus familiares muertos. Sin embargo, fue en los templos de las principales ciudades del reino de la Nueva España en donde tenía lugar una afluencia inusitada de creyentes, en especial a las capillas y altares dedicados a los cuerpos y objetos de los santos, a quienes veneraban por medio de la observación de sus reliquias y para rendirles un culto especial en esta fecha precisa.



« Retablo de la Capilla de Reliquias. Catedral Metropolitana, México, D. F. Foto: Gabriela Sánchez

Durante el virreinato, el lugar de entierro de los difuntos fue en las criptas y pisos de los templos, debido a que los cuerpos debían ocupar un lugar privilegiado junto a los altares y presbiterios para que esperaran, de acuerdo con las enseñanzas de la religión católica, el tiempo de la “resurrección de los muertos”. Hubo excepciones en cuanto al destino del cuerpo muerto, como fueron los casos en los que grandes epidemias asolaban a la población y se saturaban las iglesias de cuerpos, por lo que se recurría a la bendición de un campo cercano para el entierro de los fieles. De esta forma, después de muertos, podían participar de las indulgencias y gracias que les otorgaba el altar al que en vida habían ofrecido sus oraciones.¹



Retablo de la Capilla de Reliquias. Catedral Metropolitana, México, D. F.

Simbólicamente, las personas que visitaban las reliquias los días de Fieles Difuntos y de Todos Santos tenían presente la fragilidad de la vida, pero también imaginaban el estado físico de sus difuntos, por lo que el culto a los huesos de los santos arraigó rápidamente en el pensamiento de la cristiandad novohispana.

El culto o veneración de las reliquias ha sido practicado siempre unánimemente en la Iglesia; los Santos Padres lo han considerado como antiquísimo y han hablado de él como una práctica que les venía por

¹ Los altares de iglesias, conventos, cofradías, capillas, etc., debían contar con un lugar especial para las reliquias de los santos. En caso contrario no se podían nombrar santuarios. Además, los sumos pontífices y obispos acordaban cierto número de indulgencias a los fieles que asistieran a orar a esos altares, ya fuera para sí o para las ánimas del purgatorio. Véase Alicia Bazarte Martínez y Clara García Ayluardo, *Los costos de la salvación, las cofradías y la ciudad de México (siglos XVI al XIX)*, IPN/AGN, México, 2001.

tradición. En la época de las catacumbas, sitio al que se llevaban los restos de los mártires, al pie de los improvisados altares se les veneraba y se les daba santa sepultura:²

Deposítense en las iglesias y monasterios, dicen las antiguas constituciones de la Iglesia de Oriente, los cuerpos de los santos mártires y de todos los que combatieron victoriosamente en defensa de la fe de Jesucristo, para que sus preciosas reliquias procuren alivio a los enfermos y decaídos, y a todos los que necesiten de algún auxilio. Celébrese todos los años entre los cristianos su conmemoración, sino hónrenlos con un profundo respeto, como amigos de Dios y diadema y corona de la Iglesia, puesto que por la efusión de su generosa sangre han elevado el vigor y brillo de la fe cristiana, sobre todas las religiones extranjeras.³

En las iglesias sólo podían ser honradas con culto público aquellas reliquias autenticadas por un documento de algún cardenal de la Santa Iglesia Romana o del Ordinario local, o de algún varón eclesiástico a quien por indulto apostólico se le hubiera concedido la facultad de autenticar:

El cap. “*cum ex eo, de reliq*” del Concilio de Trento prohíbe venderlas o exponerlas nuevas si no están autorizadas por el Papa, y manda a los obispos que no permitan esta exposición sino después de haber reconocido por señales legítimas la aprobación de la Santa Sede. En consecuencia de este mandato, cuando se obtiene en Roma alguna reliquia se adquiere por medio del obispo o por alguno a quien compete, una sumaria de visita y de comprobación, sin lo que no se podrán exponer.⁴

En el caso de Nueva España, la llegada de las primeras reliquias en el siglo XVI ocasionó grandes fiestas y regocijos durante su distribución en las iglesias y parroquias de la ciudad; desde entonces parroquias, iglesias y conventos las requerían para poder reputarse como santuarios.

Quedó establecido que las iglesias y conventos exhibirían sus reliquias los días de Fieles Difuntos, Todos Santos y en su octava, ocasión en que la población recorría los santuarios admirando y pidiendo favores a las reliquias expuestas. Montadas en lujosos relicarios que en ocasiones merecieron

² Juan González Villar, *Tratado de la Sagrada Luminaria*, Imprenta de Ancha, Madrid, 1788, p. 61.

³ *Diccionario de Derecho Canónico*, Librería de Rosa y Bouret, París, 1854, p. 1003.

⁴ *Ibidem*, p. 1002.

espléndidas capillas consideradas como los “tesoros” de los templos, aún hoy podemos admirar algunas de ellas únicamente el 1 y 2 de noviembre en las capillas de reliquias de la Catedral Metropolitana (Ciudad de México) y la de la Catedral de Puebla, o contemplar los tableros relicarios en la Profesa (Ciudad de México) que flanquean el presbiterio. El barroco mexicano nos ha heredado las capillas de reliquias del monasterio de Nuestra Señora del Carmen, en San Ángel (Ciudad de México), las cuales podemos visitar cualquier día del año.

La visita a las reliquias ocasionaba verdaderas verbenas populares, pues a la entrada de los templos se instalaban puestos de golosinas, buñuelos, aguas frescas y principalmente de pan y alfeñiques que hacían la delicia de quienes los saboreaban. Incluso hubo una ocasión en la que se consideró seriamente trasladar los puestos que se establecían frente a la Catedral de la Ciudad de México a la Alameda Central, debido a que la algarabía que producían distraía la devoción de los fieles. Algunas crónicas nos indican cuáles eran las reliquias más visitadas:

Desde las primeras, hasta las segundas Vísperas de la festividad de Todos Santos, se pusieron patentes en todas las iglesias las muchas, y muy exquisitas Reliquias, que en ellas con toda veneración, en ricas Urnas, y preciosos relicarios se veneran: En la Santa Iglesia Metropolitana, el Cuerpo de san Primitivo, el de santa Hilaria, dos cabezas de las onze mil Vírgenes, de san Anastasio, de san Gelacio, de san Vito, y otras. En Santo Domingo, una muela del santo, el Cuerpo de San Hipólito Presbítero, virrete de san Francisco Xavier, zapato de san Pio V, un dedo y todo un libro de la mano de san Luis Beltrán, la Cabeza de santa Sapiencia, una muela de santa Catarina de Sena, y otras. En San Francisco, un hueso de san Antonio, otro de san Diego, una canilla de san Phelipe de Jesús, dos Cabezas de las onze mil vírgenes, un diente de san Lorenzo, y otras. En San Diego, dos Cabezas de las onze mil Vírgenes, una mano de san Pedro de Alcántara, y otras muchas. En San Agustín, una muela del Santo, hueso de santo Thomas de Villa-Nueva, sangre de san Nicolás Tolentino, de santa Lucunda y otras. En la Profesa, el cuerpo de san Aproniano, las entrañas de san Ignacio, su firma y otras. En San Phelipe Neri, muela del santo, sangre de san Francisco de Sales, huesos de san Bono, de santa Liberata, de san Donato y otros. En San Gerónimo,

hueso del santo, un dedo de san Felipe de Jesús y la cabeza de santa Cordula; sin otras muchas que se guardan en las restantes iglesias, de que no se hace mención por excusar prolijidad.⁵



Santa Emérita
Convento Franciscano,
Guadalupe, Zacatecas.

Como podemos observar, eran tantas las reliquias que el mismo autor expresa su dificultad para enumerarlas. Sin embargo, en nuestro caso, al visitar la capilla de reliquias de la Catedral Metropolitana, un tipo de reliquias llamó fuertemente nuestra atención: nos referimos a las que tuvieron por receptáculo un cuerpo de cera, por lo que a continuación intentaremos describirlas con énfasis en su simbolismo:

El conocimiento de la cera en la antigüedad es ampliamente aceptado desde la época prehistórica. En el antiguo Egipto la cera ocupó un lugar preferente en las tumbas de los faraones-dioses. Numerosas esculturas de no más de 20 cm de

alto se han encontrado en compañía del muerto en su tránsito al más allá. Lo admirable es que después de seis mil años aún se encuentran en perfecto estado de conservación.⁶

En Epídauro, Grecia, lugar donde se dice nació Escolapio en el siglo IV a.C., fue construido el más grande santuario a un dios-hombre sanador, en el cual se ofrendaron, en agradecimiento a enfermedades curadas, las diferentes partes del cuerpo labradas en piedra y posteriormente en cera y en metal, costumbre que pasa a Italia; ya establecida en el culto de los cristianos, para el siglo VI d.C. Esta práctica ha perdurado hasta nuestros días, como lo podemos observar en santuarios italianos, españoles y guatemaltecos.⁷

⁵ Ignacio Castorena y Ursua (1722) y Sahún de Arévalo (1728 a 1742), *Gacetas de México*, introducción de Francisco González de Cossío, SEP, México, 1949, vol. I, pp. 134-135.

⁶ Al respecto véase *Sculptures en cire de l'ancienne Egypte*, Ed. De la Reunion des musées nationaux, Paris, 1987.

⁷ Se relata que en el santuario de Nuestra Señora de los Remedios, en la Ciudad de México en el siglo XVII, en el camino a su ermita se encontraban colgando de los árboles brazos y piernas de cera que los devotos ofrecían, los cuales una vez al año se fundían para fabricar velas y cirios.

Más tarde, los romanos elaboraron máscaras de cera para recordar y honrar a los difuntos distinguidos, de las cuales muy pocas han llegado a nuestros días. Es a partir del siglo IX cuando la cera alcanza su máximo simbolismo en el cristianismo, al enseñar que en el artificio de las velas y candelas la cera es la carne del Salvador; el pabilo, su alma, y la luz, su divinidad. Esta significación surge del hecho de que en aquellos siglos se creía que la abeja era un insecto asexual que fabricaba una sustancia pura y que, al igual que la Virgen María, estaba libre de impurezas: en el bestiario de Cristo, la abeja ocupa un lugar preponderante.⁸

Fue en Florencia, Italia, en donde la ceroplástica alcanzó un alto índice de desarrollo desde finales del siglo XIII y principios del XIV cuando los imagineros de cera fueron verdaderos maestros que esculpieron a los santos en tamaño natural. Posteriormente, a partir de finales del siglo XVI, se colocan dentro de los cuerpos de cera fragmentos de hueso, o a encarnar, en este material, esqueletos completos, convirtiendo a estas figuras en verdaderos objetos votivos que adornaron los altares de templos y monasterios.⁹

Las esculturas, al imitar a la perfección el cuerpo humano, adquirieron un realismo capaz de conmover a cualquier espectador; el color y la textura análoga con la carne viva de cualquier persona, enmascararon la representación del cuerpo muerto, en especial la putrefacción, y evocaron, según las enseñanzas de la Iglesia católica, la “resurrección de la carne”.



Reliquias catacumbales.
 Capilla de Reliquias, Catedral Metropolitana, México, D. F.

⁸ Aproximadamente en el siglo IX, el autor de la pseudo “llave de San Melitón, de un simbolismo muchas veces secular, se expresa así: *Cera caro Christi*. ‘la cera es la carne de Cristo’. En el siglo XI, San Anselmo explicaba así el triple simbolismo del cirio: Hay tres cosas a considerar en el cirio que arde: la cera, la mecha y la flama. La cera es el símbolo de la carne virginal de Cristo; la mecha, su alma; y la flama su divinidad”. Véase Louis Charbonneau-Lassay, *Le bestiaire du Christ*, Archè-Milano, Milano, 1974, pp. 885-889.

⁹ G. Masi, “La ceroplástica en Firenze nei secoli XV-XVI e la famiglia Benintendi”, *Rivista d’arte* (#IX), 1916, Firenze, pp. 124-142.

Por otro lado, desde el punto de vista material, la cera puede moldearse muy fácilmente, inclusive con los dedos, y es capaz de tomar el volumen y la textura con una precisión remarcable; se corta tan fácilmente como si fuera mantequilla ante el cincel del escultor. Nada mejor que las palabras de George Didi-Huberman para significar lo que un escultor de cera siente ante esta noble sustancia:

La cera palpita: ella se calienta en mi mano, toma la temperatura de mi cuerpo, en ese momento es capaz de involucrarse en el detalle de mis dedos, de recoger mis huellas, de pasar dulcemente y biológicamente, de una forma a otra. [...] este material contra mi carne, se vuelve mi carne[...] tal es su sutileza, su fragilidad, su sensibilidad.¹⁰

Es el Concilio de Trento que recomienda el culto a los santos y sus reliquias:

Los cuerpos de los santos mártires y otros que viven ahora con Cristo, cuerpos que eran sus miembros y templos del Espíritu Santo que un día se levantarán por él y serán glorificados en la vida eterna, pueden ser venerados por los creyentes. Dios da muchos beneficios a los hombres a través de ellos.¹¹

Y qué mejor que representar estos cuerpos en cera.



Beato Sebastián de Aparicio.
Murió en 1600 a los 93 años de edad.
Urna de cristal, en el convento franciscano
de Puebla de los Ángeles

Son muchos los santos cuyos cuerpos se han mantenido incorruptos años después de su muerte. Este tipo de reliquias ha adquirido una extraordinaria veneración. Así, por ejemplo, san Pascual Bailón, cuya representación es copia de lo que fue su cuerpo incorrupto, pero reproducido gracias a fotografías dado que fue profanado e incinerado durante la guerra civil en España.¹²

¹⁰ *Enciclopedia Anatómica*, Taschen, Colonia, 1999, pp. 87-88, s.v. *Museo La Specola Floence*.

¹¹ www.corazones.org/santos/santos_tema/incorruptos.htm#19k, consultada en octubre de 2006.

¹² www.corazones.org/santos/santos_tema/incorruptos.htm#19k, consultada en octubre de 2006. Otros santos en el mismo caso son san Andrés Bobola o santa Catalina Labouré, santa Inocencia o santa Celeste por mencionar algunos. En el caso de México tenemos a san Sebastián de Aparicio en Puebla de los Ángeles.



« San Felipe Neri.
La Profesa, México, D. F.

En algunos casos de santos no incorruptos se han hecho, igualmente, representaciones de sus cuerpos, realizadas en cera, y sus restos o parte de ellos se encuentran dentro. Tal es el caso de las imágenes de san Felipe Neri.

Como mencionamos, las esculturas que más nos llaman la atención son los cuerpos de los santos mártires expuestos en las capillas de reliquias durante los días 1 y 2 de noviembre, vestidos a la usanza romana y con una redoma cerca de ellos; su origen se remonta a finales del siglo XVI, cuando unos obreros, que trabajan en un viñedo cerca de la vía Salaria Nuova, descubren unas galerías subterráneas pertenecientes al antiguo *Coemeterium Jordanorum*, y como bien dice Philippe Boutry, “la cristianidad encontró el camino largamente olvidado por la mayoría de los fieles”: los cementerios de



Santa catacumbal. »
Capilla de reliquias, Catedral
Metropolitana, México, D.F.
Fotografía: Gabriela Sánchez Rey.



Santo catacumbal, Capilla de Reliquias
Catedral Metropolitana, México, D. F.
Fotografía: Gabriela Sánchez Rey

los primeros cristianos de la Roma antigua. Es así que la historia moderna de las catacumbas se reabre ese día.

Este descubrimiento se lleva a cabo en una atmósfera de fervor religioso y movilización apologética que es propia de la contrarreforma religiosa de la segunda mitad del siglo XVI, el cual fue concebido como un evento de orden eminentemente espiritual, que emerge del testimonio de los sufrimientos de los cristianos primitivos en un mundo transgredido por la Reforma protestante, y que encuentra un motivo renovado para la unidad de la fe. Así, estas catacumbas ofrecen a los católicos un terreno nuevo y fecundo de meditación y de devoción.¹³

Posterior a este descubrimiento, salen a la luz del día nuevas catacumbas, miles de esqueletos empiezan a distribuirse y a circular por todo el mundo católico, ya que desde el primer momento se consideraron a todos los allí enterrados “santos no canonizados”, pero que a causa de su martirio y por dar la vida a su salvador, merecieron este privilegio. Debemos mencionar que en torno a este tipo de reliquias se originó una controversia, como la crítica hagiográfica en el siglo XVII enarbolada por los benedictinos de la Congregación de San Mauro, al frente de la cual se encontraba Jean de Mabillon (1639-1707), quien escribió una epístola contra los criterios arbitrarios por los que se extraían los supuestos mártires catacumbales y contra los honores exagerados que se les tributaba.¹⁴ Sin embargo, fue demasiado tarde: fémures, cabezas y todo tipo de huesos se habían expandido y se veneraban en un sinnúmero de templos, capillas, conventos y hasta en altares domésticos.

¹³ Philippe Boutry, “Corps saints et recharges sacrales: Genevieve, Germaine, Theudosie et les autres”, en *La mont n'ien saura rien, reliques d'Europe et d'Océanie*, Reunion des Musées Nationaux, París, 1999, pp. 83-110.

¹⁴ Sobre el culto a las reliquias después del Concilio de Trento, así como el estudio de los Santos Catacumbales Gallegos, véase el excelente estudio de José Luis Bouza Álvares, *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del Barroco*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1990.



« “Reliquias insignes de san Vital Mártir traídos de las catacumbas de San Calixto Roma, 13-12-1819”. Capilla de Reliquias, Catedral Metropolitana, México D.F.

Los atributos iconográficos de estos santos catacumbales fueron los siguientes: ser, en la mayoría de las veces, encarnados en cera;¹⁵ estar vestidos como romanos a la usanza de los primeros cuatro siglos del cristianismo; tener una herida en el cuello, portar una palma, símbolo del martirio y, la mayoría de las veces, estar acompañados de un vaso de sangre (redoma), que se suponía “habrían sido los recipientes donde los antiguos cristianos recogían piadosamente la sangre de los mártires (práctica que atestiguaba



Redoma o Vaso de sangre de un santo catacumbal. »
Capilla de Reliquias, Catedral Metropolitana,
México, D.F.
Fotografía: Gabriela Sánchez Rey.

¹⁵ Pensamos que puede ser el origen de algunos santos venerados como esqueletos. Un ejemplo claro podría ser san Pascual Bailón en Chiapas. Véase Carlos Navarrete, *San Pascualito rey y el culto a la muerte en Chiapas*, UNAM, México, 1982.



Santa Felicitas, se pueden observar las reliquias expuestas en el brazo y pecho
Sagrario de la Catedral Metropolitana, México, D. F.

la tradición eclesíastica), y que los fieles colocaban” a modo de “protección sobre su tumba, asociándose así, en la vecindad de la reliquia, a los méritos del sacrificio del mártir”.¹⁶

La Nueva España no podía ser la excepción. A nuestras ciudades llegaron un gran número de estos esqueletos, algunos ya encarnados en cera desde la lejana Florencia con un costo muy elevado; en otras ocasiones, se confeccionaron por los imagineros de cera en nuestra ciudad y, en otras más, llegaban únicamente las cabezas.

Así es como hemos heredado una gran variedad de santos catacumbales, que no únicamente se exhiben durante la ceremonias de Día de Muertos, sino que, algunos de ellos por su importancia, aún se les profesa una fuerte veneración en nuestras capillas, como santa Felícitas, patrona de niños pequeños, en el sagrario de la Catedral Metropolitana.

Entonces, ¿qué mejor ocasión para visitar las capillas de reliquias? ¡Feliz paseo para recordar a nuestros queridos ausentes!

¹⁶ José Luis Bouza Álvares, *op. cit.*,
p. 123.